

Educar: Despertar a la realidad y al tiempo. Una reflexión a partir de los Manuscritos de María Zambrano¹

Educate: Awakening to reality and time. A reflection from the Manuscripts of María Zambrano

Darío Camacho Leal

Universidad Nacional Autónoma de México

ORCID: 0000-0002-3173-5160)

Resumen

En este artículo se pregunta qué significa educar en los Manuscritos sobre filosofía y educación de la pensadora española María Zambrano. Para esclarecer esta cuestión se propone leer estos manuscritos a la luz de las investigaciones de Zambrano en torno a un saber acerca del alma, y los sueños y el tiempo, que enmarcan una reflexión de largo aliento sobre el tiempo de la vida humana desde el inicio y hasta el final de su obra. Con esto se muestra, a partir de la figura del despertar, que el acto de educar tiene como tarea servir a la realización de la vida humana y la persona.

Abstract

This article asks what it means to educate in the manuscripts about philosophy and education of the spanish thinker María Zambrano. To clarify this question, it is proposed as an interpretative framework to read these manuscripts in the light of Zambrano's investigations around a knowledge about the soul and dreams and time, which are part of a long-term reflection on the time of human life from the beginning to the end of her work. This shows, from the figure of awakening, that the act of educating has the task of serving the realization of human life and person.

Palabras clave

Sueño, vigilia, persona, libertad, filosofía, educación, pensamiento en español.

Key words

Dream, wakefulness, person, freedom, philosophy, education, spanish thinking.

Introducción

El objetivo fundamental de este artículo es responder a la pregunta: ¿qué significa educar para María Zambrano? La pregunta surge de la lectura del manuscrito “Filosofía y educación: la realidad” (M-128),² a partir del cual sugiero dos vías para esclarecer la cuestión: 1) educar es ayudarle al ser humano a despertar a la realidad y 2) educar es guiar a quienes empiezan a vivir en una marcha responsable a través del tiempo (Zambrano, 2007, pp. 149-154). De ahí que en el título de este trabajo va implícita la siguiente hipótesis: que el educar efectúa en el ser humano un despertar en la medida en que entra en contacto con la realidad y el tiempo.

Buscaré responder la pregunta anterior a partir de una selección de los manuscritos que editaron Juana Sánchez-Gey y Angel Casado en *Filosofía y educación* (Zambrano, 2007).³ La mayoría de ellos fueron escritos entre 1964 y 1966, ya que la autora se había instalado en *La Pièce*, en la cadena montañosa conocida como el Jura en Francia.⁴ Se inscriben, además, en un periodo de su vida en el que prepara su obra *El sueño creador* (1965) y en la que colabora con las revistas puertorriqueñas *Semana*, *Escuela y Educación* entre 1963 y 1966. En virtud de este contexto, sostengo que para comprender el vínculo entre “el despertar” y la educación, es necesario considerar como telón de fondo los desarrollos sobre

² Siempre que cite los manuscritos sobre filosofía y educación, sigo la edición establecida por Casado y Sánchez-Gey (Zambrano, 2007); escribiré en todos los casos el título del manuscrito en cuestión y la signatura con la cual han sido organizados en los fondos de la Fundación María Zambrano.

³ A continuación, detallo cuáles son los manuscritos que constituyen el *corpus* que se comenta en el presente trabajo. De 1964, abordaré “El rumor” (M-68), “La comunicación entre los sentidos” (M-82), “Entre el ver y el escuchar” (M-88), “La atención” (M-93) y “Esencia y forma de la atención” (M-93); escritos en 1965, se cuentan “La actitud ante la realidad” (M-119), “El ingreso” (M-99), “La vida de las aulas” (M-284), “El espejo de las aulas” (M-283), “El final del curso y los viajes” (M-116), “La vocación de maestro” (M-120) y “La mediación del maestro” (M-127), y finalmente de 1966, “Las edades de la vida humana” (M-288). De dos textos más “Filosofía y educación: la realidad” (M-128) y “El aula” (M-131), no se conoce la fecha precisa en que fueron escritos. Algunos manuscritos que recupero tangencialmente, son citados y especificados en el cuerpo del texto, indicando la signatura que correspondiente.

⁴ Abellán sugiere que Zambrano llegó a *La Pièce* en agosto de 1964. La única excepción de los manuscritos elegidos sería “El rumor”, escrito en junio del mismo año, cuando Zambrano residía todavía en Roma. Abellán, 2006, p. 33).

el sueño. Quiero mostrar en este artículo la pertinencia y la necesidad de interpretar y explicar estos manuscritos en consonancia con otras obras de Zambrano que desarrollan este tema.

Por esta razón, propongo situarlos en la etapa en que la pensadora andaluza trabajó una investigación sobre los sueños y el tiempo, que inicia con “Los sueños y el tiempo” (1957), breve artículo publicado en la revista *Diógenes* y que Zambrano describe como “esquema casi esquelético” sobre la cuestión. La nota inicial de *El sueño creador* es relevante para dar cuenta de este recorrido:

El presente volumen *El sueño creador (Los sueños, el soñar y la creación por la palabra)* es un aspecto de la investigación acerca de los sueños y el tiempo emprendida por quien esto escribe hace ya algunos años, y que, a su vez, constituye un punto de partida y en cierto modo también, de previas investigaciones acerca del tiempo en la vida humana, en suma, para una concepción del tiempo humano (Zambrano, 1988a, pp. 37-38).

Es importante destacar que la vía que se abre en el año 1957 para 1965 se integra ya en una investigación más amplia sobre el tiempo en la vida humana, que se prolonga hasta el final de la obra de la autora con *Los sueños y el tiempo*, libro publicado de manera póstuma en 1992. Sin embargo, como sugiere la misma Zambrano en la cita anterior, este camino en el que apostó por formular una concepción del tiempo humano inició antes. Estas investigaciones previas a las que se refiere, como veremos, se condensan en la temprana búsqueda de un saber acerca del alma.

En el primer apartado exploro cuál es vínculo entre la filosofía y la educación y por qué es central el concepto de *realidad* en los planteamientos de nuestra autora. En el segundo apartado, construyo un marco de interpretación para la lectura de los manuscritos que he seleccionado, a partir de los desarrollos sobre un “saber acerca del alma” y las “investigaciones en torno al sueño y el tiempo”. Y finalmente, a la luz de este apartado, en la tercera y cuarta sección elaboro una respuesta a la pregunta por la educación en dos momentos: en primera instancia, clarifico qué quiere decir despertar a la realidad y posteriormente, qué implica guiar al ser humano en una marcha responsable a través del tiempo.

Filosofía y educación en los Manuscritos

En los manuscritos es patente la intención de Zambrano por reactivar el vínculo entre la filosofía y la educación, ya que en algún momento de la historia de la filosofía, desde su perspectiva, la relación llegó a diluirse. Ella sostiene que en

su época el pensamiento filosófico “no ofrece ninguna pedagogía, ni haya modo quizás de que nadie encuentre fundamento alguno para deducirla” (Zambrano, 2007, p. 149; cito: M-128). En contraste con esta ausencia de vínculo, se puede ver que en la Grecia antigua la filosofía no estaba desligada de una situación educativa. Figuras como Sócrates, Platón y Aristóteles, y escuelas como la cínica y estoica, dan fe de “un filosofar que desde su raíz misma reunía las condiciones necesarias en forma superabundante para que una filosofía fuera al mismo tiempo, siguiendo su propio curso educación” (Zambrano, 2007, p.149; cito: M-128). Nuestra autora encuentra que el ejercicio filosófico corría por el mismo cauce y desembocaba naturalmente en la educación.

En 1965 presenta la cuestión en estos términos: “nadie podría negar ni siquiera desconocer la estrecha relación que existe entre el pensamiento filosófico y la acción educativa. Y sin embargo ninguna dificultad mayor se presenta hoy día ante quienes por afanes teóricos o por necesidades de la vocación, se vean forzados a considerar en modo concreto esta relación” (Zambrano, 2007, p.149; cito: M-128). La filosofía puede, a juicio de Zambrano, orientar al educador, darle certidumbre y servirle como sostén en su labor. Precisamente en “Filosofía y educación: la realidad” (M-128) —uno de los textos más programáticos de estos manuscritos, junto con “La actitud ante la realidad” (M-119)— sugiere que una de las condiciones que habría de cumplir el pensamiento filosófico sería brindar un conocimiento profundo del ser humano:

Para que una filosofía pudiese ofrecer al educador de hoy lo que en su menester necesita, habría de ofrecerle una idea y una imagen del hombre, de la realidad; del cosmos, es decir un conocimiento del hombre en función de su puesto excepcional en el universo. Pero algo más: un itinerario del trascender humano a través de todas las formas de realidad entre las que tiene que moverse. Una visión total y una guía; un cierto método también. Naturalmente que no nos creemos en situación de poder ofrecerlo. Por ello vamos a intentar en estas páginas abordar tan sólo la situación del hombre entre el ser y la realidad. O dicho de otra manera, la realidad en función de la condición del humano sujeto que es la responsabilidad [...] (Zambrano, 2007, p. 154).

Zambrano (2007) propone como tarea para el pensamiento filosófico comprometido con la educación, presentar una imagen del hombre y una imagen de la realidad o, en otras palabras, esclarecer la estructura del ser humano y la estructura mediante la cual aparece la realidad ante él (p. 63; cito: M-93). Ese “conocimiento del hombre” debe partir de la estrecha e íntima relación existente entre el ser humano y la realidad y, también, reconocer la imposibilidad de que éste se realice plenamente al margen de ella.

El ser humano es “la criatura predestinada a la realidad” (Zambrano, 2007, p. 141; cito: M-119) porque cumple su ser a través de ella. La *realidad* hay que entenderla como un lugar de encuentro en el que el ser humano se revela a sí mismo y se conoce.⁵ Afirmar que el ser del hombre se cumple a través de la realidad, supone que éste nace de modo inacabado y que su realización se da en el *tiempo* que es el ambiente de la vida humana.⁶ Debido a esta constitución ontológica precaria e indigente, como sugiere en “De la necesidad y de la esperanza” (M-12), el ser humano está necesitado de “ganarse el ser a través de la vida” porque su ser está “en vía de hacerse” (Zambrano, 2007, p. 123). Si fuese de otro modo, la educación misma no sería necesaria, “pues si el hombre naciese como los demás seres vivientes que con él comparten este planeta, siendo ya lo que tiene que ser sin más que ir creciendo, desarrollándose por obra y gracia de la madre naturaleza, la educación no sería ni necesaria ni posible” (Zambrano, 2007, p. 150; cito: M-128).

Hay que entender que la situación entre el ser y la realidad se expresa como esfuerzo sostenido del ser humano de *real-izarse*, esto es, *hacerse real*, pues: “Realidad y ser se conjugan: el hombre hace ser a la realidad [...]. Y al elevar la realidad hasta el ser, el hombre va realizando, va haciendo real, llenando de realidad su ser y de sustancia su vida” (Zambrano, 2007, p. 153; cito: M-119). Esto quiere decir que, en el momento inicial de una vida humana, ese ser está desustanciado y sólo gracias al tiempo puede ir ganando realidad. Pero, al mismo tiempo, es como si la realidad no pudiera llegar a constituirse como tal, sin la acción humana que es *trascendencia* y libertad. Si la vida humana está inacabada, también la realidad está incompleta, incumplida y abierta.

La raíz compartida entre filosofía y educación es la *responsabilidad con la realidad*. A juicio de nuestra autora, la responsabilidad del ser humano con la realidad apunta a la dimensión ética, íntimamente ligada con la capacidad humana de decidir, pensar y actuar, es decir, con la libertad. *Aceptar la realidad* como algo con lo que nos encontramos y que está ya ahí antes de percibirlo, eso es la *responsabilidad* a la que se refiere Zambrano. Aceptarla, sin embargo, es resignación sólo en un primer momento, saber del ser humano que tiene que tratar con “lo otro”, que le resiste y es su contravoluntad;⁷ mas responsabili-

⁵ En *La confesión: género literario*, Zambrano escribe lo siguiente: “Y es que al encontrar la realidad nos encontramos a nosotros mismos, entramos en ella y sin suponer nada parecido a ninguna identificación mística, lo cierto es que cuando entramos en esa realidad descubierta nos revelamos a nosotros mismos” (Revilla, 2009, 105).

⁶ En el primer capítulo de *Persona y democracia*, se desarrolla a profundidad la idea de que el tiempo es el medio característico de la vida humana, en él acontece y se realiza, por lo que no es posible concebir la acción humana fuera del tiempo (Zambrano, 1988b, 11-25).

⁷ “Realidad es ‘la contravoluntad’ ha dicho Ortega y Gasset, es decir, lo que me circunda y resis-

dad también remite al anhelo y la esperanza, a la disposición práctica humana de realizar su vida y al mismo tiempo *crear la realidad*. Es decir, el ser humano padece la realidad, pero también, cuenta con la posibilidad de trascenderla; puede inventar y crear tras encontrarse en ella y aceptarla (Zambrano, 2007, p. 153; cito: M-119). Como sugiere Rivara (2009), la realidad en el pensamiento de María Zambrano no hay que entenderla como *lo dado* o como *factum brutum* porque es creación, construcción y perspectiva (p. 73), vida humana que se realiza en la medida en que se transforma y se trasciende a sí misma.⁸

Marco interpretativo para la lectura de los Manuscritos

Hacia un saber acerca del alma: el «sentir originario» y el «intimo fondo» del ser humano
Como se expuso en la sección anterior, Zambrano aspira a que la filosofía sirva de orientación para la práctica educativa. Como contexto y horizonte de esta pretensión, es necesario remontarnos a 1937, cuando escribió “Hacia un saber sobre el alma”. En esos años había emprendido una reforma del pensamiento filosófico y una revisión de la concepción que la tradición racionalista había elaborado de la filosofía. En el texto citado, propone como punto de partida para esta reforma la revelación del hombre en su vida. A mi juicio, esta revelación abre la posibilidad de pensar el vínculo entre la filosofía y la educación, concibiendo a la primera fuera de los marcos fijados por el racionalismo: “La revelación a que sentimos estar asistiendo en los tiempos que corren, es la del hombre en su vida, revelación que sale de la filosofía, con lo cual la filosofía misma se nos revela” (Zambrano, 2005, p. 13).

A la luz de esta revelación en la que la filosofía siente el llamado de servir al ser humano en su vida cotidiana, esta se revela como camino o cauce de vida. Y, como veremos más adelante, es este mismo destino el que Zambrano asigna a la educación. En este sentido, me atrevo a decir, nuestra autora recupera la tradición de importantes escuelas antiguas para las que el cauce de la filosofía y la educación eran el mismo: servir como camino y guía para enfrentar los conflictos que entraña nuestra vida.⁹

te. El pensamiento filosófico lo ha sabido bien desde su misma raíz, desde esa pregunta en que el filósofo ha conservado el asombro infantil y que delata lo extraño que el ser llamado hombre se siente, lo extraño antes que ninguna otra cosa” (Zambrano, 1973, 207).

⁸ “Toda realidad es, para Zambrano, *poiesis*, es decir, creación, en el sentido de que no hay realidad dada y evidente, como *factum brutum*, sino que la realidad es para el ser humano su realidad, es decir, creación, construcción, perspectiva, simbolicidad” (Rivara, 2009, 73).

⁹ Los estoicos, epicúreos, cínicos y cirenaicos poblaban las calles y vivían la filosofía mezclados con la vida: “Vivían su filosofía dispersa y callejera, mezclada con la vida, pretendiendo dirigirla y, sobre todo, practicando la pesca de almas. No aguardaban, sino que salían al encuentro” (Zambrano, 2011, pp. 17-19).

Ese pensamiento del que dice Zambrano (2007), “no ofrece ninguna pedagogía” (p. 149; cito: M-128), es el racionalismo moderno. Desde su perspectiva, la tendencia que inaugura Descartes es insuficiente debido a la limitación para ofrecer una visión real e integral del ser humano.¹⁰ Con el filósofo francés se asiste en la historia de la filosofía a un momento en el que “la condición humana ha sido un tanto abandonada por la razón” (Zambrano, 2007, p. 102; cito: M-120). En “La vocación del maestro” (M-120) cuestiona la visión cartesiana porque en ella no comparece “una idea completa del hombre, una noción que descubra la totalidad del ser humano” (Zambrano, 2007, p. 102), puesto que queda reducido “al pensar y al pensar evidente; [mientras que] el íntimo fondo del ser humano queda desconocido, sumergido en la oscuridad” (Zambrano, 2007, p. 102). La cultura moderna entonces, no alcanza a concebir el ser total del hombre porque privilegia el pensamiento; Descartes descubre al hombre como *res cogitans*, pero ésta es solamente una parte del ser integral que se busca. En el ser humano se da, además de la razón y la conciencia que descubre, un *sentir originario* que es la sustancia del *íntimo fondo* del ser humano.

La razón se constituye en el racionalismo como herramienta al servicio de la filosofía para realizar al ser humano como sujeto de conocimiento. Con ese instrumento emprende la tarea de conocer la naturaleza. Se puede ver a lo largo de la historia una serie de pensadores y tradiciones herederas de un modo de comprender la filosofía como saber sobre la naturaleza y las cosas, como el pensamiento filosófico-científico, que inició en Grecia con Tales de Mileto preguntando “qué son las cosas”. Por esta vía, a juicio de Zambrano (2005), “la razón aplicada a la ciencia nada le decía” (p. 18) al ser humano acerca de su alma; quedaba en las sombras como algo olvidado e ignorado.

El uso de la razón abre la perplejidad humana a dos grandes especies de preguntas: “la pregunta acerca de las cosas de la humana vida es muy otra de aquella por la cual el pensamiento se descubriera a sí mismo preguntando ‘qué son las cosas’ —las cosas de la Naturaleza” (Zambrano, 2007, p. 171; cito: M-131). Precisamente ese camino que se propone conocer las cosas de la vida es el que representa el saber sobre el alma, más cercano a la *sabiduría* y al *saber de experiencia* que a la ciencia.¹¹ Con este saber se propone revelar un “orden de nues-

¹⁰ A juicio de Revilla (2009) “una consecuencia del proceso de destrucción del horizonte racional de la cultura es, paradójicamente, la incapacidad de abandonar la perspectiva racionalista, abriéndose a una más amplia, y más real, consideración del sujeto humano” (p. 97).

¹¹ El saber de experiencia tiene en Zambrano (2007) sus antecedentes o su prehistoria, no en la filosofía sino en una antigua tradición de la sabiduría previa a ésta (pp. 47-48; cito: “Las dos preguntas” M-57).

tro interior”¹² y un conocimiento acerca del hombre que reúna razón y vida.

La crítica de Zambrano al racionalismo es deudora de la razón vital y la teoría de la circunstancia de su maestro Ortega y Gasset.¹³ La vida humana como vida individual de cada cual, es para Ortega, la *realidad radical* “en el sentido de que todas las demás [realidades] se hallan en ella radicadas” (Abellán, 1998, p. 145). En otras palabras, esta vida es la realidad primaria porque todo lo que conoce o le sucede a alguien se da en el horizonte de su adscripción a un espacio-tiempo que es su *circunstancia* (Abellán, 1998, p. 146).

El *sentir originario* es, en palabras de Zambrano (2007), “el asombro de estar vivo y de ser alguien, un ser, un individuo irreductiblemente distinto de los demás; de estar vivo y sentirse único” (p. 159; cito: M-288). La intimidad del hombre, representada por *el alma* o *las entrañas de la razón*, son la sede de este sentir que no es relevante para el conocimiento desde la perspectiva del racionalismo.¹⁴ Mientras que el racionalismo cartesiano con su duda metódica toma el camino de la ciencia y lo que pretende es que el sujeto que conoce se desprenda de todo lo accidental y singular para lograr un conocimiento con certeza; Zambrano, por su parte, reivindica todo lo que nos singulariza y dota a la persona con la convicción de que un conocimiento profundo de la realidad precisa que el sujeto se adentre en sí mismo, en esa vida individual que revela el sentir originario, en esa verdad íntima, desde la cual se abre la experiencia como mirada y perspectiva, desde el preciso momento en que un ser humano nace.

Con el *cogito cartesiano* que afirma la prioridad de la razón sobre el conocimiento sensible, la persona se desrealiza puesto que su singularidad e íntimo secreto, ese estar vivo y sentirse único, ese íntimo fondo que es su circunstancia, se da por sentado. En *El sueño creador* la persona es caracterizada como “el ‘ser’ [que] toma posesión de la realidad, ante todo de un espacio y de un tiempo” (Zambrano, 1988a, p. 39). En este sentido, si como decíamos, la circunstancia es la adscripción singular de cada cual al espacio y al tiempo, la realización de la persona depende de su capacidad para apropiarse de la realidad. Si Ortega sostiene con su *dictum* “yo soy yo y mi circunstancia, y si no lo salvo a ella no me salvo yo”, que el sentido de la vida para cada cual es la aceptación de su cir-

¹² Zambrano (2005) declara aquí como una de sus influencias a Max Scheler, que “reclama energicamente un orden del corazón, un orden del alma, que el racionalismo, más que la razón, desconocen” (p. 16).

¹³ Balza (2014) sugiere que la razón vital representa una influencia importante en el pensamiento de Zambrano, especialmente en la crítica al racionalismo y la razón poética. Para ella, tanto la crítica de Ortega como de Zambrano, pone en tela de juicio el “racionalismo como ideología filosófica, no la racionalidad” (p. 45).

¹⁴ Rivera (2014) sostiene que, el sentir originario es “el centro mismo de esa propuesta de racionalidad que pretendía reivindicar un conocimiento encarnado, ligado al cuerpo y amarrado a los sentidos, y se perfilaba a ser una dura crítica del concepto reduccionista del hombre como sujeto racional instaurado por el racionalismo” (p. 116).

cunstancia (Abellán, 1998, p. 145); Zambrano, por su parte y en la misma línea que su maestro, considera que la realización de la persona no es posible si ésta no entra en contacto con la realidad primaria y radical que es su propia vida.

El *sentir originario* apunta a la interioridad del ser humano y a una verdad íntima que espera ser descubierta y manifestada. En el manuscrito titulado “Entre el ver y el escuchar” (M-88) Zambrano (2007) sostiene: “descifrar lo que se siente, percibir con cierta nitidez lo que dentro de uno mismo pasa, es una exigencia del ser persona. La vida que dentro de nosotros fluye pide una cierta transparencia” (p. 57). El saber zambraniano sobre el alma aspira a adentrarse en las entrañas humanas y rescatar a la razón para ponerla al servicio de la realización humana. *El alma*, entonces, es el íntimo fondo del ser humano, es su espacio interior y la sede de la intimidad en la que el sujeto experimenta la realidad desde el sentir; por esto, como sugiere Balza (2014), “el alma es eso que precede al conocimiento” (p. 48).¹⁵

La filosofía, bajo la reforma del saber acerca del alma y de la recuperación del fondo vital de la persona ignorado por el racionalismo, compromete al ser humano con la realidad a través del íntimo contacto con el sentir que tiene prioridad sobre el pensar. Como sugiere Barrientos Rastrojo (2009), hay que entender la filosofía de Zambrano como el acto por el que se descifra el propio sentir, a través del cual la persona se pueda realizar y alcanzar su libertad (p. 897; cito: volumen 2).

La forma-sueño, la vida humana y el despertar

Lo que está en juego en la figura del despertar es la posibilidad de que el ser humano consiga *transcender*, es decir, ir más allá del *sueño* que para Zambrano representa un estado de pasividad y una pervivencia del primer periodo de la vida humana que ella llama “natal”. Este periodo, sostiene en *El sueño creador*, “abarca lo que dura la toma de posesión de la realidad que circunda al sujeto; el tiempo en el cual la capacidad de percibir adecuadamente la realidad se constituye” (Zambrano, 1988a, p. 39).

La *realidad* aparece, en el principio de una vida humana, bajo la *forma-sueño* que la persona necesita sobrepasar para realizarse; de acuerdo con Ortega Muñoz (1994) ésta “no trata [...] de un argumento, de un contenido concreto, sino de un área de la que salimos al entrar en el reino de la persona” (p. 87), donde ‘reino de la persona’ remite a un estado de plenitud humana en el que toma-

¹⁵ Balza (2014) describe el alma zambraniana: “El alma es el espacio interior, reino de cada uno, sede de la intimidad, el alma es eso que precede al conocimiento. El alma es el lugar en el que el sujeto entra en contacto con la exterioridad, el lugar en el que la realidad confusa es sentida por el sujeto” (p. 48).

mos posesión de la realidad. El término «sueño» tiene diversos sentidos en la filosofía de Zambrano, aquí el contexto refiere al *sueño fisiológico*; asociado pues, con la experiencia humana de dormir.¹⁶ La autora apela a este sentido con el término *sueños de la psique*, en los que dice:

El sujeto no puede intervenir en el desarrollo de la historia, ya que lo primero que en sueños advertimos es la imposibilidad de hacer nada, entendiendo por hacer el decidir ante todo, y aún antes, el hacer una pregunta. Por absurda que sea la situación soñada el sujeto nunca pregunta por qué. *El proceso* de Kafka muestra paradigmáticamente esta situación: una historia que se desarrolla por sí misma, sin intervención coetánea del sujeto, que se encuentra sumergido en la atemporalidad (Zambrano, 1988a, p. 65).

La investigación sobre los sueños es complementaria de la indagación sobre el tiempo de la vida humana. En la ontología zambraniana la realización del ser humano se da en el tiempo. Desde esta perspectiva, el *sueño* entendido en este sentido, describe el inicio de la vida humana: cuando la realidad aparece como sueño, el ser humano no es libre. *Despertar* quiere decir para la pensadora malacitana dejar el *estado de sueño* para entrar en el *tiempo* de realización de la vida personal. Con esta salida, el ser humano puede alcanzar un estado de plenitud que es libertad, del que es indicativo la capacidad de decidir, pensar y preguntar acerca de uno mismo y de nuestra propia vida.

Como sostengo en el apartado anterior, la filosofía de Zambrano en tanto *desciframiento del sentir originario*, recupera la pregunta por las cosas de la vida. En el manuscrito titulado “El aula” (M-131), Zambrano (2007) escribe: “Pues que las cosas de la vida y aun ella, la vida, nos pasan. Nos pasan y aun nos están pasando de una manera o de otra mientras nos lo preguntamos” (p. 177). La pasividad que es la vida tiene que ver con esto que ella designa como *lo que nos pasa*. Lo peculiar de la pregunta es que eso que “nos pasa” amenaza con tomar posesión de nuestro ser, pues el ser humano se encuentra “absorbido” en lo que vive y “casi imposible es preguntarse por lo que a uno le pasa cuando [...] en ello dentro de ello respiramos y somos; tal el pez en el agua” (p. 177).

¹⁶ Ortega Muñoz (1994) propone tres sentidos principalmente en la obra de Zambrano: “Vemos aquí un juego de diferentes sentidos de la palabra ‘soñar’ y de sus derivados. De las tres principales acepciones de este término: 1) el sueño fisiológico; 2) el estado endotímico de la persona —esa zona del subconsciente donde se me da el será—, y 3) el sueño concebido como proyecto del ser libre, al que ella llama sueño creador y también sueño de la persona, María Zambrano juega fundamentalmente con estos dos últimos sentidos: el sueño como fondo endotímico, y el sueño como proyecto de futuro. [...] También es cierto que el sueño fisiológico permanece como paradigma de todo posible sueño, como punto de referencia obligado siempre que se usa la palabra ‘sueño’” (p. 86).

Hay en la vida una ambigüedad esencial: se presenta al mismo tiempo como algo extraño que nos resiste y que quiere poseernos, pero también como algo que hay que hacer propio porque “vida es siempre vida de alguien, de algo o de alguien” (Zambrano, 2009a, p. 561). Por eso la relación con las cosas de la vida no se reduce a ese *pasar* sin más; la condición humana también es activa y el ser humano si quiere apropiarse de su vida, precisa *pasar por ellas*: “Mas no queda reducida a esto de que nos pasen nuestra relación con las cosas de la vida. Pues que hay el pasar nosotros por ellas en lo que resplandece la ambigua condición que define al hombre como un ser padeciente y activo unidamente” (Zambrano, 2007, p. 171; cito: M-131). De manera que la vida también es acción, pues “si solamente le pasaran [las cosas de la vida], sería tan pasivo que entonces viviría como en un perenne sueño y el pasar acabaría acaparando su ser” (Zambrano, 2007, p. 171).

El sueño es también, tanto como el sentir, expresión de la pasividad sustancial a la condición humana; éste, es signo de la condición precaria y desvalida del ser humano que se enfrenta a su sombra, es decir, a esos momentos de oscuridad en los que “uno no se está presente a sí mismo” (Revilla, 2009, p. 91). Así, tal como sugiere Zambrano (2007) en el manuscrito “Los dos polos del silencio” (M-340), lo que queda sumergido en el sueño nos es inaccesible:

Y se hace inaccesible todo lo que queda sumergido por la noche, por el silencio, por el sueño. Cuando la vida queda abandonada a su autonomía inicial, a su autonomía solitaria. Y vaga como perdida, sin una dirección fija, vagamente orientada, como sucede en sueños, en el sueño en que el hombre —el animal entre todos despierto— se sumerge (p. 138).

En efecto, el ser humano es “el animal entre todos despierto”, pero también cabe decir que puede vivir sumergido en el sueño, gesto que se asocia a un dejar la vida “abandonada” en el que la atención mengua. Pero el estado de sueño no se identifica solamente con ese momento en que duerme; incluso en la “vida cotidiana regida por el hábito [...], la vigilia se acerca insensiblemente al estado de sueño” (Zambrano, 2007, p. 143; cito: M-119). Con la vigilia decaída en la que el sueño se insinúa, el ser humano es ganado por la desatención, por el abandono y esto se traduce en “una falta de contacto con la realidad” (p. 143).

La pregunta por la educación. Despertar a la realidad: la mediación del maestro y la realización de la persona

La pregunta ontológica por lo que nos hace humanos es urgente para Zambrano, especialmente en una época entregada al lucro que mide el conocimiento de acuerdo a su poder para aumentar el progreso técnico: “la pregunta que cada hombre se debería de hacer a solas y aun hablando con los demás, la que debería de constituir el centro de todos los debates y que por el contrario viene a

ser constantemente soslayada: la pregunta de si es posible que el hombre exista sin decaer en una condición infrahumana” (Zambrano, 2007, p. 172; cito: M-131).

En la educación está en juego un proyecto de humanización. Por eso para nuestra autora educar y educarse implica, por una parte un compromiso con la pregunta por las cosas de la vida, que comprende la indagación acerca de lo que somos y se topa con el ser humano como enigma; y por otra parte, la aptitud para la realidad, o sea, la capacidad de una persona para entrar en contacto con ella. (Zambrano, 2007, pp. 140-141; cito: M-119). Ya decíamos que la realidad es lugar de encuentro en el que el ser humano se descubre; este lugar, al que es posible entrar tras atravesar la puerta del despertar, “pone inexorablemente a los seres al descubierto” (Zambrano, 1988a, p. 51). El paradigma de las ciencias físico-matemáticas que calcula y valora el conocimiento por lo que retribuye en utilidad, lucro o dominio sobre la naturaleza, puede conducir al ser humano a una situación en la que se encuentre “empavorecido con un extraño dentro de sí, extraño, ajeno a su propia alma” (Zambrano, 2007, p. 173; cito: M-131).

El ser humano como ser integral, como veíamos en el apartado anterior, no se reduce según Zambrano a ser *una cosa que piensa*, sino que eso que somos es *un sentir a la espera de ser descifrado*, un modo singular y específico de mirar, experimentar y recrear la realidad. Más que conocer la realidad, lo que el ser humano precisa en su trato con ella es *desenmascararla y descifrarla* pues está sometido a una doble atracción:

la de la realidad visible y declarada y la de esa ausencia o vacío que la misma realidad le depara. Absolutamente forzado de atender a lo que circunda, a lo dado, a lo que encuentra ya estando ahí, y forzado igualmente de hacer, de sostenerse inventando, supliendo, compensando, en último extremo creando; creando tras de haber pensado. Pues que esa desigual realidad que se le presenta necesita ser ante todo desenmascarada, descifrada a veces, llevada a la claridad del pensamiento, sea por la instantánea intuición o en el proceso discursivo de la razón (Zambrano, 2007, p.146; cito: M-119).

El *sentir originario* indica una experiencia íntima en la que el sujeto se constituye como *circunstancia y perspectiva*, de las cuales parte en su viaje hacia la realidad; el punto de partida es *mi punto de vista*, esto es, *mi ser-situado* en un espacio y tiempo concretos. Es por eso que, “frente a la realidad el hombre descubre su condición propiamente humana y personal, y modulándola, la situación concreta en que el hombre de una época determinada y aun un determinado individuo, se descubra, inevitablemente, delatoramente” (Zambrano, 2007, p.141; cito: M-119).

Descubrirse el ser humano en su *trato con la realidad* y tomar posesión de ella es un despertar con el que un individuo se apodera de su situación personal. Precisamente, en “Filosofía y educación: la realidad” (M-128) la meta de la

educación es *despertar* al ser humano a su ser singular para que se *incorpore* a un tiempo propio:

Tiempo y realidad constituyen el medio específico de este ser llamado hombre que ha de descubrir la realidad trascendiéndola y trascendiéndose a la vez, a sí mismo, mas siempre en ella; el ser humano no puede quedarse fuera de toda realidad. Educarlo será disponerlo a afrontar, en cualquier época de la historia que se trate, en cualquier región de la tierra, en cualquier régimen político y social, dentro de la clase a que pertenezca, *educarle será despertarle o ayudarlo a que se despierte a la realidad en modo tal que la realidad no sumerja su ser*, el que le es propio, ni lo oprima, ni se derrumbe sobre él; en modo de que no se le desrealice, falta de esa asistencia que el hombre, como prenda constante, tiene que pagar a todo lo que le rodea (Zambrano, 2007, p. 152-153).

El desarrollo y desenvolvimiento de la persona es posible en la medida en que el proceso educativo da fuerza e impulso a la tendencia individualizadora de la vida humana. *Despertar* quiere decir descubrir que somos individuos irreductiblemente distintos de los demás. La persona es “el individuo [in] intercambiable con otro al que no se le puede arrancar su secreto último que solamente la vida irá librando a la luz” (Zambrano, 2007, p. 101; cito: M-120). Y precisamente, la vocación del maestro aspira a la realización de la persona como “realidad radical irreductible a ninguna otra” que trae consigo algo original y nuevo (Zambrano, 1988b, p. 59). Por eso, dice Zambrano (2007) que, “toda vida humana es ante todo una promesa. Promesa de realización creadora” (p. 101; cito: M-120).

En estos manuscritos la educación guarda una significación más amplia que su inscripción en lo estatal, de la que resultaría como tarea esencial, entre otras cosas, la transmisión de contenidos escolares. En Zambrano (2007) se aprecia un *giro experiencial* en el que educar y educarse representan una “iniciación a la vida” (p. 173; cito: M-131), en la que ha de buscarse que “cada uno siga su propio camino donde poder encontrar-se y vivir una vida más auténtica” (Zambrano, 2007, p. 30; cito: “Introducción” por Casado y Sánchez-Gey). Frente a Hegel, a quien le importaría a juicio de Zambrano (2007) “educar para el Estado”, ella se propone “educar para desarrollar las posibilidades de la existencia humana” (pp. 102-103; cito: M-120). Educar no se limita a la transmisión de saberes o contenidos curriculares. En el manuscrito “Sobre la enseñanza de la filosofía” (M-429), sostiene: “el carácter estatal de la enseñanza de una materia [...] le imprime una cierta forzosidad, [un] apretamiento de circunstancias, una exigencia especial” (Zambrano, 2007, p. 121), que resulta, dice, “de la necesidad de cumplir lo que la enseñanza de Estado requiere y exige” (p. 121). Se aprecia una tensión entre la enseñanza oficial enfocada sobre todo

en la transmisión de contenidos y otra, que puede tomarse la libertad de “experiencias de tiempo” que en la primera no tienen cabida:

Una escuela de Filosofía abierta fuera de las exigencias del Estado y aun de la sociedad, sin supuestos sociales ni profesionales de ninguna clase, que se mantuviera sólo de la libre y ociosa ansia de encontrar la verdad, puede permitirse un lujo de experiencias de tiempo, que no le es dado a la enseñanza estatal. Y no sólo de tiempo, sino de contenido. Si todo amante de la Filosofía comienza por interrogarse indefinidamente por su ser, haciéndose problema de ella misma, el enseñarla al servicio de un Estado que ha puntualizado sus exigencias, le obliga a suprimir y recortar el despliegue de sus pensamientos, para amoldarse a transmitir un contenido ya hecho, unos conocimientos seguros, firmes y adecuados a la mente del alumno, un contenido en suma, escolástico (Zambrano, 2007, p. 121).

La reflexión sobre la educación nos lleva más allá de la escuela y “lo escolar”. Zambrano (2007) es consciente de que hay algo más en juego en el educar, algo “que va más allá de lo que se aprende materialmente” (p. 173; cito: M-131); incluso, confiesa que muchos de los que han pasado por las aulas, “tal vez no adquirieron tantos conocimientos como fuera menester” (p. 173). Más esencial que los saberes que pueda transmitir el maestro, su ofrenda es el tiempo. En esto, pues, consiste la *mediación del maestro*: hacer surgir el tiempo y ofrecerlo para que la persona se descubra. Por esto sostiene: “...la vocación del maestro es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena” (Zambrano, 2007, p. 114; cito: M-127). Entonces, la vocación del maestro es mediación porque transmite un tiempo para la realización de la persona.

Educar y educarse en los manuscritos, apunta a una *experiencia específica del tiempo* que surge en el vínculo entre maestro y discípulo. El acento está puesto en el tiempo y no en el saber, entendido como un contenido escolar “ya hecho”, pues lo que se persigue es echar a andar el proceso de creación y realización de la persona. Y para lograrlo, la persona no puede hacerlo fuera del tiempo, de ahí que la atemporalidad del sueño indique las antípodas de la plenitud de la persona y el umbral que se salva con el despertar.¹⁷ En el aula y la escuela, por ejemplo, María Zambrano descubre un tiempo peculiar de la vida humana en el que la persona puede seguir naciendo.

¹⁷ Laguna (2015) sugiere que para Zambrano el tiempo constituye la posibilidad de vivir humanamente, pues los absolutos representan una anulación del tiempo, ya sea en la forma de “detención” o “retención”. Por lo anterior, “la persona no puede desplegarse atemporalmente” (p. 85).

Lo originario de la situación humana es para Zambrano el nacimiento. En el manuscrito “La infancia. El nacimiento y hilo conductor” (M-288), caracteriza al ser humano como “ser-nacido” que va hacia un “inacabable nacimiento” (Zambrano, 2007, p. 160). Esto quiere decir que si bien en primera instancia, con el nacimiento cada uno recibe la vida como ofrenda y donación, luego continuar el nacimiento es tarea de la libertad humana. La posibilidad y la acción de seguir naciendo, refiere en Zambrano al carácter inacabado e imperfecto del ser humano. La educación es iniciación a la vida pues el estudiante,

tiene el privilegio de prepararse, de irse preparando para esa ruda, esquiva realidad de la vida. El ir familiarizándose con ella paso a paso, siguiendo un orden. Conducido, guiado. Las procesiones académicas tienen ese sentido; el ser la representación de la vida misma de las aulas; los jóvenes iniciados conducidos y guiados por los iniciadores que les evitan obstáculos, caídas, duras experiencias, riesgos sin fin; que les muestran el camino del laberinto antes de dejarlos solos en su centro (Zambrano, 2007, p. 67; cito: M-99).

Los *sueños de la psique*, que asociábamos al *sueño fisiológico*, apuntan a la prehistoria de la persona que es el momento inicial de la vida humana. Una vida inicia con el nacimiento, del que no tenemos memoria ni registro alguno en la conciencia;¹⁸ luego en la infancia el crecimiento está marcado por un *sentimiento de dependencia*: “el niño se siente ser alguien encerrado en sí mismo y al mismo tiempo se ve dentro de una envoltura: todo le llega desde el reino de los padres, del maestro, de los mayores” (Zambrano, 2007, pp. 160-161; cito: M-288). La *vida* es algo que se recibe, algo que es dado, con ella recibimos el ser todavía entre sueños; más ella trae consigo el reto y el esfuerzo de *vivir* mientras se va sintiendo en la incipiente conciencia el hecho de haber nacido y estar naciendo, con el que empieza a dar visos un sentido de *independencia* que es la semilla de la libertad.

Nacer y despertar son actos que fundan la trascendencia humana ya que remiten a la capacidad de moverse y atravesar las etapas de la vida. “Toda vida está en principio aprisionada, enredada en su propio ímpetu” (Zambrano, 2007, p. 118; cito: M-127), el nacimiento de la persona y su realización significan

¹⁸ Zambrano (2007) distingue dos etapas del nacimiento humano: “[...] la primera, aquella decisiva de la cual no podemos tener memoria ni la mínima conciencia por tanto; y el período del crecimiento en el que el nacer se continúa ya sensiblemente primero, conscientemente después. Y en este período es cuando se da en toda su plenitud el sentimiento de dependencia primeramente con los padres, y de un modo difuso con el mundo de los mayores. El maestro, los maestros naturalmente, están situados en la región de los padres como igualmente, no es necesario decirlo, todas las personas que directamente cuiden del niño” (p. 160; cito: M-288).

una salida del *laberinto del sueño* y la *entrada en la realidad del tiempo*.¹⁹ En contraste con la atemporalidad del sueño que anula la libertad, el despertar que impulsa el educar, libera la potencia de la ecuación: realidad-tiempo-libertad. El *despertar* es un *paso, puerta y camino* que lleva de la atemporalidad a la entrada en el tiempo que, a su vez, conduce a la libertad (Zambrano, 2007, p. 146; cito: M-119). Si en el estado del sueño el sujeto no podía decidir, ni hacer una pregunta, en el tiempo del aula puede preguntar y preguntar-se:

No tener maestro es no tener a quien preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida. La presencia del maestro que no ha dimitido — ni contradimitido— señala un punto, el único hacia el cual la atención se dispara. El alumno se yergue. Y es ese segundo instante cuando el maestro en su quietud ha de entregarle lo que parece imposible, ha de transmitirle antes que un saber, un tiempo; un espacio de tiempo, un camino de tiempo. El maestro ha de llegar, como el autor, para dar tiempo y luz, los elementos esenciales de toda mediación (Zambrano, 2007, p. 128; cito: M-127).

El maestro para Zambrano es un guía y la educación cumple una función mediadora que abre la posibilidad de un desenvolvimiento pleno en la medida en que se parte de la *realidad*, como misterio y secreto que encarna cada uno y que precisa un *tiempo* para expresarse y manifestarse. En una carta que escribe a su amigo Agustín Andreu desde La Pièce en 1975, Zambrano sugiere que un maestro que cumple con plenitud su vocación de guía es aquel que ayuda a despertar al discípulo y lo acompaña en la continuación de su nacimiento:

Aquí, en Occidente, el maestro ha de ser como un guía también, ha de serlo deteniéndose al borde mismo de ese misterio del ser de cada uno que es su vocación. Cumple en plenitud si se le ha dejado libre, entero, si se ha dejado su libertad de nacer a ese ser intacto que a cada hombre se le da con su nacimiento. La acción reveladora del maestro, la respuesta verdadera a la demanda de ser reconocido del discípulo, sería dejarlo intacto en vía de despertar (Zambrano, 2007, p. 31; cito: *Cartas de la Pièce* en “Introducción” por Casado y Sánchez-Gey).

¹⁹ La metáfora del laberinto evoca en el pensamiento zambraniano la imposibilidad de traspasar el estado prenatal del ser humano; quien no logra salir corre el riesgo de quedarse preso de sí mismo. En “El freudismo. Testimonio del hombre actual” leemos: “Los caminos, cuando no quieren llevar a ninguna parte, se hacen laberintos” (Zambrano, 2005, p. 132). El educar sería imprescindible para que el ser humano se realice como camino y no se quede atrapado en el laberinto. La imagen del laberinto está presente en los manuscritos como ese ser incapaz de salir de sí para descubrirse, revelarse, conocerse, alumbrarse y hacerse. Hacerse camino es hacerse en el tiempo y en la realidad: efectuarse o realizarse.

El maestro, entonces, debe concederle libertad para dar impulso a la realización personal del discípulo. “Nacer, en el sentido primario y en todos los demás posibles sentidos, es ir a constituirse en la autonomía del propio ser” (Zambrano, 1988a, p. 61). Se demuestra el íntimo vínculo entre la vida humana y el tiempo. Precisamente, el ser humano es un ser que avanza en la vida que está librado constantemente hacia adelante y a la espera de lo que está por venir; su realidad se da como un “ir siendo” y un “ir haciéndose” (Zambrano, 2009, p. 134; cito: “Tiempo de nacimiento”). En “Las siete edades de la vida humana” (M-288) la vida humana es “una totalidad que se despliega en diferentes edades o etapas” (Zambrano, 2007, p. 156) que se van trascendiendo y atravesando; las edades de la vida humana son umbrales que se van librando, y por eso “vivir pide ir pasando por todas las etapas, apurando sus posibilidades, extrayendo cada una su esencia última, su quintaesencia” (Zambrano, 2007, p. 157).

El descubrimiento del tiempo y la marcha responsable

La meditación zambranianiana sobre la educación y las conclusiones que de ella podemos extraer, van más allá de la experiencia escolar; sin embargo, no se puede soslayar que las descripciones, las figuras y las situaciones que la disparan arraigan en esa experiencia. *Aula* y *escuela* en los manuscritos fungen como metáforas de un tiempo liberado, muchas veces amenazado o avasallado por el *trabajo útil* o el *tiempo de trabajo* que es negación del ocio en la vida humana y que impone como imperativo “estar siempre haciendo algo” (Zambrano, 2007, p. 172; cito: M-131).²⁰ En el manuscrito titulado “El aula” (M-131), Zambrano (2007) sugiere que el vacío es “paradigma y aun símbolo del aula” (p. 173). Así describe qué les acontece a quienes entran en las aulas:

En el vacío del aula sucede algo; algo que va más allá de lo que se aprende materialmente en ellas. Muchos de los que por ellas han pasado tal vez no adquirieron tantos conocimientos como fuera menester. Pero les sucedió algo en la frecuentación de las aulas, algo esencial para ser hombre se les enseñó en ellas: a oír, a escuchar, a atender, a dejar que el tiempo pase sin darse cuenta queriendo entender algo, abrirse al pensamiento que busca la verdad (Zambrano, 2007, p. 172; cito M-131).

²⁰ “Y en nuestros días hay que estar siempre haciendo algo; algo que tenga un resultado inmediato, tangible, material. Todo el espacio habitado por el hombre ha de estar lleno; aun las casas, llenas de cosas, de aparatos mecánicos; aun el tiempo y sobre todo el tiempo ha de estar lleno. Da vergüenza no tener que decir ‘no tengo tiempo para nada’” (Zambrano, 2007, p. 172; cito: M-131)

La etimología de las palabras “aula” y “escuela” impregnan de manera profunda su reflexión sobre el educar. “Aula” designa “un lugar vacío, un hueco en primer término, después una construcción vacía y disponible” (Zambrano, 2007, p. 68; cito M-284). Zambrano hace eco de la historia de la palabra que en sus orígenes remitía a “todo espacio al aire libre” (Castello y Mársico, 1995), para recordar que las aulas de filosofía en la Grecia antigua se emplazaron en espacios abiertos.²¹

Hay que entender al aula como un “lugar vacío” y este término, podemos concebirlo como un espacio disponible que es condición de posibilidad para la creación de la persona. Al hilo de estas ideas, la palabra “escuela” refuerza el sentido de las acepciones de “aula”; en “El enigma de la juventud” (M-337), Zambrano (2007) sugiere “es sabido y no recordado, escuela viene de ocio, y aula significa un lugar vacío” (p. 87). Y en efecto, uno de los significados más antiguos del griego *scholé* (escuela) remite a “reposar”, “descansar” y “estar libre” (Castello y Mársico, 1995). Un tiempo disponible o no ocupado, “tiempo en que nos damos a pensar, a meditar y aun a rezar quien pueda hacerlo” (Zambrano, 2007, p. 173; cito: M-131), refiere a la modalidad del *tiempo libre* o *tiempo de ocio* en el que no estamos haciendo algo; apunta más bien a una disposición atenta, receptiva y a la espera de algo o de alguien, en una suspensión, en la que un pensamiento o una emoción nos toma por asalto.

En el espacio y tiempo no ocupado del aula, los estudiantes cobran conciencia del tiempo y aprenden a tratar con él, y esto es fundamental para que el educar se haga efectivo como realización de la persona y marcha responsable. Una clave importante de la meditación zambranianiana sobre el tiempo es Séneca, a quien dedicó un libro titulado *El pensamiento vivo de Séneca* en 1941. Como sugiere Barrientos Rastrojo (2012), en María Zambrano la idea senequista de la posesión ontológica del tiempo comporta un saber sobre la persona que para crearse y realizarse precisa disponer de tiempo (p. 70); o como diríamos coloquialmente, “necesita tener tiempo”; experiencia muy distinta del sentir un *tiempo lleno* que empalabramos con un “no tengo tiempo para nada”. Vale la pena recordar aquí la primera epístola de *Las cartas a Lucilio* de Séneca: “Obra así, querido Lucilio, reivindica para ti la posesión de ti mismo, y el tiempo que hasta ahora se te arrebatava, se te sustraía o se te escapaba, recupéralo y consérvalo” (Barrientos Rastrojo, 2012, p. 70).

El tiempo es crucial en la filosofía de María Zambrano. De su ontología temporal se derivan dos consecuencias mayúsculas para la vida humana: en

²¹ Como ejemplos, la Academia de Platón en los jardines dedicados al legendario héroe Academos; el Liceo de Aristóteles en otros jardines cercanos al Templo de Apolo; los estoicos que se reunían en un pórtico y Diógenes el cínico, refugiado en su tonel donde enseñaba.

primer lugar, el tiempo constituye la estructura básica sobre la que se crea la experiencia humana, por lo que sin el primero la segunda es inviable; en segundo lugar, para Zambrano el tiempo no es uno sino que su vivencia se vértebra a partir de diversas modalidades temporales que producen tipos de experiencias específicas (Barrientos Rastrojo, 2012, pp. 67-71). El *tiempo es múltiple*, como se ha mostrado en este trabajo a partir del comentario de los manuscritos: *atemporalidad* del sueño, *tiempo lleno* y *tiempo disponible*. Desde esta perspectiva, entonces, en el aula surge la posibilidad de que la persona pueda poseerse en el *tiempo no ocupado*. Reivindicar la posesión de uno mismo exige valorar y apreciar el tiempo, estar abiertos y atentos a *lo que nos pasa* en él, implica un movimiento de adentramiento.

Lo que está en juego en el tiempo es, pues, algo crucial para el ser humano: el acceso a su experiencia más íntima: a lo que he referido en este trabajo como *sentir originario* o *alma*, es decir, el mundo interior del ser humano.²² ¿Quién puede “dejar que el tiempo pase sin darse cuenta”? Solo aquel que paradójicamente puede detenerlo y suspenderlo, demorarse en el sentir y la experiencia para acceder a un tiempo pleno de atención. “Tener tiempo” abre la posibilidad de “tenerse” o “poseerse”. Describe un espacio de atención en el que el ser humano no está volcado o abocado exclusivamente al mundo externo; o bien, en otro sentido, éste no se le viene encima, no se derrumba sobre él o lo sumerge; más bien, puede crear una cierta distancia para ser receptivo de su *íntimo fondo*, el lugar en el que el sujeto entra en contacto con la realidad: *el alma*. “Tener tiempo”, quiere decir, contar con un espacio vacío para descifrar lo que se siente y percibir lo que dentro de uno mismo pasa (Zambrano 2007, p. 57; cito M-88). La atención es para Zambrano receptividad y campo de claridad, sin ella la persona no puede aspirar a poseer su propia vida: “El ejercicio de la atención es la base de toda actividad, es en cierto modo la vida misma que se manifiesta. No atender es no vivir” (Zambrano, 2007, p. 60; cito: M-93).

Entonces, aprender a “dejar que el tiempo pase”, quiere decir cultivar la atención: el discípulo aprende a escuchar. En la frecuentación de las aulas sucede algo esencial para realizarnos como seres humanos: se aprende “a oír, a escuchar, a atender”. El descubrimiento del tiempo y la sensibilidad para tratar con él, también despiertan la inquietud por la búsqueda de la verdad de la

²² Robles Luján (2014) se refiere en estos términos, como mundo interior, a la entraña humana que es el alma para María Zambrano. “Entraña que asume Ortega en El hombre y la gente como un intus: ‘la intimidad del hombre, su sí mismo, que está constituido principalmente por ideas’ situadas en ‘lo más interior del cuerpo’. Y con esto, dispuestos en el mundo exterior, en el mundo de la cultura, confrontamos otro mundo que no está en el mundo: nuestro mundo interior, que en su exterioridad piensa lo real radicalmente. Esto es la vida humana como vida individual de cada cual, que es concretamente para Ortega la realidad radical” (p. 51).

persona. Y la verdad para esta pensadora, ante todo, se escucha. No es gratuito que el oído sea el más interno de todos los sentidos y el que refleja la máxima pasividad y fragilidad del ser humano: lo que se oye, “se adentra en el ánimo, en el interior. [...] Lo que llega por el oído llama a la unión” (Zambrano, 2007, p. 58; cito: M-88). El oído es más interno y más próximo al sentir que la vista, pues como sostiene Zambrano (2007) “entre lo visto y quien ve existe una distancia” (p. 58). Está presente en la filosofía zambranianiana un cuestionamiento radical a la visión que es el modelo a partir del cual se concibe el conocimiento en Occidente,

según algunos investigadores de los tiempos aurorales de la humanidad, fue el oído el órgano dominante de la percepción y del conocimiento. Y el ritmo natural el punto de partida para la música y la palabra. [...] El intelectualismo propio del Occidente, según estos mismos investigadores, se origina en el predominio de la visión, del mundo de lo visible (Zambrano, 2007, p. 55; cito: M-82).

La verdad no es una conquista o algo que el sujeto tiene que hurtar y precipitar con violencia: la verdad es una revelación y por eso requiere tiempo para descubrirse. En este sentido, más que aprender a ver la verdad, es preciso aprender a escucharla pues se revela a pesar de nosotros y emerge en el silencio. El silencio es una metáfora que está emparentada con el vacío y las dos, son registros del alma y de la experiencia íntima del ser humano: “sucede que, si observamos nuestro espacio interior, encontraremos que nunca está vacío ni tampoco callado” Zambrano, 2007, p. 51; cito: M-68). Las aulas son para Zambrano (1977), como dice en *Claros del bosque*, “lugares de la voz donde se va a aprender de oído” (p. 16):

Lo primero que el alumno ha de hacer dentro del aula es eso: sostener el silencio, mantenerse en silencio. Y no solamente no hablando sino cuando es preguntado o cuando tiene algo que decir adecuadamente, sino antes que nada el silencio interior, el silencio que acalla la algarabía de la psique cuando anda suelta. El silencio que es retención. En ese silencio y en ese aire terso el más mínimo gesto, la inquietud, el desasosiego se señalan. Y aun los turbios pensamientos de algún modo se revelan. Nada queda celado, escondido (Zambrano, 2007, p. 73; cito: M-283).

El lugar vacío del aula es un espacio en el que por la especificidad de su tiempo, el ser humano puede acceder a las verdades más profundas del alma. La verdad a la que se refiere Zambrano hay que entenderla como desciframiento del *sentir originario*: es la verdad del hombre concreto que se revela en su vi-

da personal.²³ Y el pensamiento que busca la verdad, precisa de la pregunta, del silencio con el que el tiempo se suspende, se detiene y se experimenta como “retención”.

La relación pedagógica se caracteriza por ser un *diálogo*. El maestro hace sentir “al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo, liberándolo de la ignorancia densa donde la pregunta se agazapa” (Zambrano, 2007, p. 118; cito: M-127). Ante él, el discípulo puede preguntarse y encarar el enigma de su propia existencia. En el aula, “la pregunta comienza a desplegarse” siempre y cuando el maestro sea capaz de escuchar y *dar tiempo* para que la verdad de la persona sea desentrañada. El maestro media entre “el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre” (Zambrano, 2007, p. 114; cito: M-127). El maestro es receptivo a este silencio del alumno y lo acompaña en ese crear su camino que para Zambrano significa *trascender*.²⁴ Le enseña a tratar con el tiempo, a estar atento y a recogerse en él. Tratar con el tiempo, en *Persona y democracia*, apunta a la capacidad humana de moverse en el tiempo, disponer de él y usarlo:

Si la vida es una serie de aventuras en el espacio-tiempo, la vida humana, la más distinta de todas, ha de ser una aventura en que se distinga, ante todo, el modo de adentrarse en el tiempo. Y bien esa soledad, ese interior pueden no ser, en principio, sino un tiempo diferente que al hombre se le concede, producto quizá de alguna acción suya frente al tiempo. Si la vida nuestra se da en el tiempo, al retirarnos a ese interior, a ese nuestro lugar de abstención —por el pronto— nos salimos del modo temporal en que tomamos parte en los acontecimientos en que tratamos con las cosas para manipular con ellas o en que tomamos parte en los acontecimientos ajenos o comunes. Entrar en nuestra soledad supone disponer del tiempo, movernos en él, y si se hace bien, saber usarlo. El riesgo de vivir humanamente es perder el tiempo que en caso extremo, es marcarlo, según en castellano se dice. Y tanto se pierde o se mata el tiempo, desentendiéndose excesivamente de lo que pasa en torno nuestro, como no entrando en soledad, no ensimismándose (Zambrano, 1988b, p. 119).

Cuando el ser humano no se ensimisma o no se adentra en su mundo interior, por desatención pierde con ese trozo de tiempo lo que no percibió, lo que

²³ La reforma del concepto de verdad que opera Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1923) sirve para situar esta clase de verdad, observa Abellán. Ésta no aparece como “adequatio intellectus ad rem, pero tampoco como una elaboración propia del sujeto cognoscente, sino como un producto de la circunstancia. Toda verdad implica un punto de vista desde el cual la verdad se adquiere y, por lo tanto, una perspectiva” (Abellán, 2006, p. 90).

²⁴ “Este género de caminar, de ir hacia algo, que guía y está más allá, a través de un terreno en el que no hay camino en principio, se llama propiamente trascender. Trascender que en un primer sentido es atravesar, traspasar: obstáculos, fronteras” (Zambrano, 2007, p. 151; cito: M-128).

no pensó y lo que no hizo; y este tiempo, que la autora define como *tiempo escapado*, entonces, “se va sin haber servido”.²⁵ La intimidad o el mundo interior —al que me referí en el segundo apartado— refieren a la soledad en la que la persona puede constituirse como tal, disponiendo del tiempo y usándolo.

En los manuscritos, Zambrano no usa el término *soledad* ni tampoco *tiempo propio*, como en *Persona y democracia*; no obstante, *tiempo disponible* o *tiempo no ocupado* guardan este sentido como *lugar de abstención*, por eso, concluyo que el tiempo del aula es el tiempo en el que se crea la persona.²⁶ Como he mostrado hasta aquí, saber tratar con el tiempo es esencial para la realización de la persona, por eso afirma Zambrano “educar será ante todo, guiar al que empieza a vivir en esta su marcha responsable a través del tiempo” (Zambrano, 2007, p. 152; cito: M-128).

Conclusiones

Como he querido mostrar en este trabajo, María Zambrano considera que la educación ha de procurar la realización de la persona y su iniciación en la vida. Intenté mostrar en primer lugar que, este modo de concebir la educación des-cansa en la crítica de la autora al racionalismo y la filosofía moderna a partir de la recuperación de corrientes marginadas del canon filosófico occidental como los pitagóricos, los estoicos, los epicúreos, cínicos y cirenaicos. Vimos en los primeros dos apartados que para dimensionar las reflexiones educativas de la autora conviene inscribirlas en lo que ella denomina *saber* de experiencia, una tradición más antigua que la filosofía. El *saber acerca del alma* representa una reforma del pensamiento filosófico, que posibilita reactivar en la modernidad el diálogo entre la filosofía y la educación porque la filosofía no se entiende como ejercicio puramente racional que da la espalda a la vida; más bien, su preguntar parte de la revelación del hombre concreto en su vida.

²⁵ Zambrano (2007) describe el tiempo escapado de la siguiente manera: “Y en cuanto al tiempo fatalmente se pierde en esta situación, se va sin haber servido, lo cual no es un suceso tan simple, pues que de una parte el tiempo no ha servido para nada, mas nada humano puede perderse así, sin que traiga más consecuencias que las negativas. En el vacío de lo que no ha servido, de lo desaprovechado se instalan, análogamente a lo que sucede en el vacío de lo desatendido. Pues que hasta un objeto cuando se pierde deja un hueco que puede ser llenado por otro que no le es equivalente y una desazón en el ánimo de su dueño que lo dejó perder” (p. 143; cito: M-119).

²⁶ Lomelí (2008) titula el tercer capítulo de su tesis “La soledad como creación del tiempo propio”. Una de las tesis básicas en éste, como el título lo indica, es afirmar un vínculo entre soledad y tiempo propio. Precisamente, la soledad y la creación de un tiempo propio son imprescindibles para la construcción de la persona. En otros términos, tiempo propio es expresión de un tiempo no ocupado y disponible en el que la persona goza de libertad para crearse y realizarse (pp. 72-92).

En segundo lugar, como argumenté también en el segundo apartado, *el sueño* es una metáfora del periodo inicial de la vida humana que remite a una experiencia en la que el sujeto no es libre y está privado de tiempo. Esto nos permitió entender por qué el educar significa para Zambrano un *despertar* de la persona que posibilita su nacimiento, creación y realización. El despertar es un paso o puerta que conduce de la atemporalidad a la realidad del tiempo, pues gracias a él la persona se incorpora a un *tiempo propio*.

En el tercero y cuarto apartados, sugerí que para Zambrano la dimensión fundamental de la educación es constituirse como una peculiar experiencia del tiempo. El carácter atemporal del sueño, guarda un paralelismo con la experiencia del *tiempo lleno*, que la mediación del maestro tiene como tarea trascender enseñando al alumno a usar y a disponer del *tiempo propio*. En el aula, el alumno puede disponer del tiempo, moverse en él y usarlo; es en el *tiempo disponible* y no ocupado que el alumno experimenta la libertad, como tiempo para descubrirse y crearse. Por último, concluyo que el tiempo en la filosofía zambranianiana es una estructura ontológica básica en la que se crea la experiencia humana y que el aula sirve de metáfora para mostrar las condiciones de posibilidad de la creación de la persona.

Bibliografía

- Abellán, José Luis (1998). *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2006). *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona, Anthropos.
- Balza, Isabel (2014). Los vacíos de un texto: Hacia la razón poética de María Zambrano. *Cuadernos del Ateneo*, 32, 40-54.
- Barrientos Rastrojo, José (2009). *Vectores zambranianos para una teoría de la filosofía aplicada a la persona* (tesis doctoral). Universidad de Sevilla, Sevilla, España.
- _____ (2012). Caminar en/conocer la multiplicidad temporal desde el marco de la razón poética. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 56, 67-84.
- Castello, L. A. y Mársico, C. (1995). *Diccionario etimológico de términos usuales en la praxis docente*. Buenos Aires, Altamira.
- Laguna, Rogelio (2015). *Habitaciones del pensamiento. La ciudad en la filosofía de María Zambrano*. México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.
- Lomelí, Sebastián (2008). *Defender la soledad: el concepto de persona en Persona y democracia de María Zambrano* (tesis licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Ortega Muñoz, Juan Fernando (1994). *Introducción al pensamiento de María Zambrano*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Revilla, Carmen (2009). María Zambrano ante la crisis de la modernidad. En P. A. González Ulloa y C. E. Díaz (eds.), *María Zambrano: pensadora de nuestro tiempo*, (pp. 89-113). México, Plaza y Valdés/UNAM.
- Rivara, Greta (2009). Modernidad y racionalismo en el pensamiento de María Zambrano. En P. A. González Ulloa y C. E. Díaz (eds.), *María Zambrano: pensadora de nuestro tiempo*, (pp. 73-88). México, Plaza y Valdés/UNAM.
- Rivera, Leonarda (2014). La Generación del 98 en el discurso de María Zambrano. Del 'dolorido sentir' al "sentir originario". En S. Lomelí, L. Rivera y C. Robles Luján (eds.), *La palabra compartida. María Zambrano en el debate contemporáneo*, (pp. 107-117). México, Universidad Veracruzana/Miguel Ángel Porrúa.
- Robles Luján, Cintia (2014). España, razón y vida. Fundamentos para una teoría de la cultura en Ortega y Gasset y María Zambrano. En S. Lomelí, L. Rivera y C. Robles Luján (eds.), *La palabra compartida. María Zambrano en el debate contemporáneo*, (pp. 39-53). México, Universidad Veracruzana/Miguel Ángel Porrúa.
- Sánchez-Gey Venegas, Juana (2016). *María Zambrano*. Madrid, Fundación Emmanuel Mounier.
- Zambrano, María (1973). *El hombre y lo divino*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, María (1977). *Claros del bosque*. Barcelona, Seix Barral.
- Zambrano, María (1988a). *El sueño creador: los sueños, el soñar y la creación de la palabra*. Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Zambrano, María (1988b). *Persona y democracia*. Barcelona, Anthropos.
- Zambrano, María (2005). *Hacia un saber sobre el alma*. Buenos Aires, Losada.
- Zambrano, María (2007). *Filosofía y educación (Manuscritos)*. Málaga, Ágora.
- Zambrano, María (2009a). Los sueños y el tiempo. En J.M. Ullán (ed.), *Esencia y hermosura. Antología*, (pp. 557-571). Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2009b). *Palabras del regreso*. Madrid, Cátedra.
- Zambrano, María (2011). *El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid, Cátedra.